

LAS MUJERES Y LA PAZ EN LA HISTORIA.  
APORTACIONES DESDE EL MUNDO ANTIGUO

CÁNDIDA MARTÍNEZ LÓPEZ  
*Instituto de la Paz y los Conflictos*  
Universidad de Granada

La paz ha sido representada a lo largo de nuestra historia occidental como mujer. La paz nació con cuerpo y atributos femeninos en la antigua Grecia, encarnada en la diosa *Eirene*,<sup>1</sup> y su figura, relacionada siempre con la prosperidad y el bienestar, ha perdurado bajo formas y abstracciones diversas a lo largo de los siglos. La imagen de la paz y los atributos con los que se ha adornado han formado parte de un complejo mundo simbólico que pone de relieve como las distintas sociedades históricas también han pensado la paz desde la construcción particular de las relaciones de género. A ella se han asimilado virtudes, potencialidades y símbolos considerados esencialmente femeninos desde el mundo antiguo, que se han mantenido casi hasta nuestros días con las adaptaciones e incorporaciones propias de la evolución de la noción de paz y de los cambios habidos en la consideración de lo femenino.

Paz y fertilidad, paz y abundancia, paz y vida, paz y capacidad de creación son algunas de las asociaciones transmitidas en textos e imágenes

1. MARTÍNEZ LÓPEZ, Cándida (1998) «Eiréne y Pax. Conceptualizaciones y prácticas pacíficas de las mujeres en las sociedades mediterráneas antiguas». *Arenal*, 2, (1998), págs. 239-261.

a lo largo de la historia. Esta idea de la paz ha sido expresada de múltiples formas: a través de figuras femeninas con niños en sus brazos o en su regazo significando la fertilidad de la paz; por medio de mujeres portando la cornucopia como símbolo de la riqueza que la paz permite desarrollar a la tierra y a los pueblos; o como las artes liberales que florecen con la paz, entre muchas otras.<sup>2</sup>

La paz como abstracción ha sido considerada mujer, ha tomado su cuerpo y muchos de los símbolos relacionados con ella, pero quienes aparecen como hacedores de la paz formal, como responsables de acrecentarla o defenderla, quienes han tenido la capacidad de discutir, estipular y firmar las «pases» oficiales de las que se habla en la Historia, han sido los varones a través de los mecanismos e instituciones propias de cada Estado.

## 1. LA PAZ Y LA GUERRA EN LA FORMACIÓN DE LAS IDENTIDADES DE GÉNERO

Nos situamos así ante una de las primeras dicotomías existentes en torno a la paz, donde se expresa, a su vez, cómo las respectivas sociedades piensan la construcción de lo masculino y lo femenino. La paz, representada como mujer, es considerada como un principio o un bien natural, siempre latente, del que se parte y al que se aspira a llegar, que se interrumpe o se recompone por la acción coyuntural, masculina, de la guerra. Por eso la paz no necesita ser justificada; pueden estipularse las condiciones para ser acordada, pero no hay que explicarla en sí misma. Sin embargo la declaración de guerra sí requiere ser explicada. La guerra es presentada y exculpada como una defensa de la comunidad, de la patria o de la fe,

2. En el mundo antiguo se fijan muchas de las formas con las que la paz será representada posteriormente. La proyección que el mundo grecorromano tiene a partir del Renacimiento hará que se retomen este tipo de representaciones de la paz. No hay trabajos de conjunto sobre estas imágenes y su significado. Las afirmaciones que efectúo se basan en mi propia investigación sobre el mundo antiguo y en las conversaciones mantenidas con otras y otros colegas. Agradezco a Elena Díez sus valiosas aportaciones como historiadora del arte e investigadora de la paz, y a Francisco Muñoz sus sutiles sugerencias sobre el simbolismo de la paz. Uno de los pocos trabajos sobre esta temática ha sido realizado por ambos. Véase: MUÑOZ, Francisco A. y DÍEZ, Elena (1999) «Pax orbis terrarum. La imagen de la pax en las monedas romanas», *Florentia Iliberritana*, X, págs.

como una forma de proteger la comunidad de niños y mujeres. Aparece, además, como la menos mala de las opciones en situaciones consideradas límite -formal o simbólicamente- para defender, mantener o acrecentar los beneficios de la paz. Pero nadie oculta su capacidad de destrucción. Por eso se ha escrito tanto sobre las guerras y tan poco sobre la paz.

Esta dialéctica clásica entre la paz y la guerra, profundamente imbricada en las nociones de lo femenino y lo masculino y en las de naturaleza y cultura, ha operado no sólo en las conceptualizaciones sino en las prácticas de ambos géneros en las distintas etapas de la historia.

Los patrones de género han marcado la conceptualización de la paz y de las prácticas femeninas ante la guerra y la paz estableciendo una dicotomía formal cuyos límites se han traspasado en una dirección y otra a lo largo del tiempo.<sup>3</sup>

La guerra ha sido considerada a lo largo del tiempo como una actividad masculina, como una expresión de la comunidad políticamente establecida, de la que las mujeres no eran sujetos plenos, aún considerando las diferencias habidas entre las distintas sociedades históricas.<sup>4</sup> La exclusión de las mujeres de una participación regular en la violencia armada contribuye en la producción y reproducción de la diferencia de sexos. El carácter esencialmente masculino de la función militar interviene notablemente en la formación de la identidad de género y de los estereotipos sexuales. Se establece un tipo de relación dialéctica entre identidad sexual masculina y ejército: éste participa en la construcción de la masculinidad - por la socialización de los hombres y la imagen proyectada del militar masculino- y utiliza al mismo tiempo la masculinidad como motor importante de su propio funcionamiento.<sup>5</sup>

La imagen del guerrero ha sido tradicionalmente opuesta a la de la madre. Dar la vida y dar la muerte- parir y combatir- han sido vistas como actividades simétricas y específicas de uno y otro sexo. Se ha demostrado como en el mundo griego y romano se construyó una compleja red de

3. MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen (1993) «Hombres y mujeres: el sistema sexo género y sus implicaciones para la paz». *Mientras Tanto* 54, págs. 61-76.

4. Nos referimos a las sociedades donde las mujeres no han tenido derechos políticos, es decir, a la mayor parte de la historia. No entramos aquí en la incorporación de las mujeres a la vida política, como ciudadanas en el siglo XX, ni a su reciente y parcial integración a las fuerzas armadas.

5. Véase REYNAND, Emmanuel (1998) *Les femmes, la violence et l'armée. Essai sur la féminisation des armées*, París, 1988, págs. 39-40.

equivalencias entre la guerra y la maternidad. A la participación en el ejército y en el combate, la actividad a través de la cual el hombre llegaba a ser realmente ciudadano, correspondía el acto de dar a luz, donde las mujeres cumplían su naturaleza como esposas, y por tanto como ciudadanas.<sup>6</sup> Este paralelo entre las funciones específicas de hombres y de mujeres, que puede adquirir formas más o menos sofisticadas, conduce de hecho a pensar las dos actividades como excluyentes. A la imagen del hombre, incapaz de concebir hijos, se opondría la de la mujer, no apta, por naturaleza, para combatir.

Esta asimilación de la maternidad al papel militar de las mujeres, que queda a menudo implícito, puede, en circunstancias extraordinarias como la falta de natalidad, la amenaza exterior, u otros problemas que afecten a la demografía, ser formulada de forma más explícita.

La oposición madre/guerrero no es la única en intervenir en la construcción de los papeles de género relacionados con la paz y la violencia. La imagen del hombre fuerte y armado se relaciona, igualmente, con la de la mujer débil y desarmada. Se produce así una división entre protectores y protegidos que contribuye a la relación de dependencia en el plano colectivo e individual, lo que tiene múltiples implicaciones en las relaciones entre mujeres y hombres, ya que el protector tiende a ser, a la vez, la fuente misma del peligro.

¿Quiere ello decir que las mujeres se han posicionado siempre a favor de la paz y los varones de la guerra? Sería partir de un dualismo falso y erróneo para cualquier análisis histórico, puesto que las relaciones de género implican un grado de asunción de los papeles adjudicados de forma compleja.

No se trata, por tanto, de que las mujeres hayan quedado totalmente al margen del fenómeno de la guerra. La investigación reciente ha puesto de relieve las diversas modalidades de relación de las mujeres con la guerra.<sup>7</sup> Por las razones que antes señalábamos, su actividad ha sido casi

6. Véase LORAUX, Nicole (1981) «Le lit, la guerre», *L'Homme*, 21, 1, págs. 37-67. MARTÍNEZ LÓPEZ, Cándida «Parirás ciudadanos para gloria de Roma. Las mujeres y la ciudadanía en la Roma antigua», en: ORTEGA Margarita et al. (1999) *Mujeres y ciudadanía. Revisiones dese el ámbito privado*. Madrid, págs. 143-162. IRIARTE, Ana (1996) «Ser madre en la cuna de la democracia o el valor de la paternidad», en TUBERT, Sivia (ed.): *Figuras de la madre*, Madrid, págs. 73-94.

7. MEINTEL, Deirdre (1983) «Victimes ou protagonistes: les femmes et la guerre», *Anthropologie et sociétés*, 7, 1, págs. 179-186. *Armas para luchar, brazos para proteger*.

siempre como no combatiente, salvo circunstancias excepcionales,<sup>8</sup> pero sí ha tomado parte activa en tareas de preparación del alimento, en el cuidado de los heridos, en rituales para propiciar la victoria, en espionaje, o alentando a los soldados a cumplir con su función de género: defender a la patria o a la fe.

Otras aportaciones han señalado que en las sociedades de cazadores-recolectores y en las primeras sociedades agrícolas, la guerra no estaba prohibida a las mujeres, sino la posesión y el uso de las armas, cuyo monopolio mantenían los varones, que expresan y refuerzan su posición hegemónica por el control del armamento.<sup>9</sup>

Las mujeres, pues, ausentes de los ejércitos, no han participado por lo general en la guerra activa, pero se han tenido que relacionar con tal fenómeno con actitudes, de nuevo, aparentemente contradictorias: con el sufrimiento por la posible pérdida de sus familiares varones que intervienen en el combate, pero también con la alegría o la satisfacción de que ellos puedan participar de la gloria que conlleva la defensa de la patria, y de que sean reconocidos por sus «valores masculinos». Por eso las mujeres son representadas en las estelas griegas despidiendo a su esposo que parte a la guerra, pero también llorando en los funerales de su soldado muerto, o celebrando el triunfo de los ejércitos masculinos y la paz cuando celebran la victoria.

La contradicción es evidente. De un lado la guerra les quita aquello de lo que por su función social y política fundamental son responsables: la reproducción del grupo familiar, y con ello una parte de su mundo de afectividades y seguridades. De otro contribuyen de forma indirecta, a

Barcelona. También se ha reflexionado sobre esta temática en coloquios y encuentros, como el celebrado en Vancouver en 1982 bajo el título «Les femmes et la guerre».

8. Son numerosas las ocasiones en las que las mujeres participan en la defensa de sus pueblos o ciudades, usando como armas los más diversos objetos. Así en la España antigua las mujeres ibéricas colaboraban llevando piedras y ladrillos hasta las murallas para la defensa de sus poblados ante la presencia de los romanos (Véase: MARTÍNEZ LÓPEZ, Cándida (1986) «Las mujeres en la península ibérica durante la conquista cartaginesa y romana». En *La mujer en el mundo antiguo*, Madrid, págs. 387-396. En la Guerra Civil española las mujeres que tomaron las armas fueron desarmadas por el propio PCE y enviadas a sus funciones tradicionales: cuidar soldados, hacer la comida, utilización de la astucia como espías y colaborar en funciones secundarias de defensa.

9. TABET, Paola (1979) «Les mains, les outils, les armes», *L'Homme*, 29, 3/4, págs. 5-61.

los supuestos intereses de la patria y alientan y confirman la reproducción de los valores masculinos y el equilibrio exigido socialmente de las relaciones de género.

Esta situación se repite con formas distintas a lo largo del tiempo. Ahora bien, ese contradictorio equilibrio sufrido y mantenido por las mujeres se ha roto en muchas ocasiones en defensa activa de las posiciones de paz. Lo veremos más adelante cuando me refiera al mundo antiguo, pero se observa igualmente en la Edad media cuando la santidad de algunas reinas está relacionada con su mediación a favor de la paz entre pueblos en litigio,<sup>10</sup> o en la Edad Moderna cuando las mujeres se quejan formalmente ante la justicia o el rey por los desastres que la guerra y la pérdida consecuentes de sus familiares ha ocasionado en su vida económica, su posición social o su mundo afectivo.<sup>11</sup>

Pero es a finales del siglo XIX y sobre todo durante el siglo XX cuando la posición de las mujeres a favor de la paz adquiere una dimensión de acción colectiva y pública. Sufragismo y pacifismo, y luego feminismo y pacifismo se han dado la mano en múltiples ocasiones para justificarse o reforzarse mutuamente.<sup>12</sup> La profunda imbricación conceptual de mujeres y paz, y la actitud favorable de las mujeres ante la paz por su propia función de género, como ya he señalado más arriba, hace que la paz esté presente, por ejemplo, en sus argumentos para exigir el voto, o que pueda existir una notable movilización de las mujeres, dirigidas por sus organizaciones, a favor de la paz.

Muchas sufragistas europeas y americanas, desde la mitad del siglo XIX, esgrimieron la idea de que las mujeres, por el hecho de serlo, siempre votarían la paz, para apoyar el voto de las mujeres. Esta posición esencialista del primer sufragismo no hace sino recoger la relación tradicional de mujeres y paz como algo propio de su naturaleza. Muchas de estas

10. MUÑOZ, Ángela (1998) «*Semper pacis amica*. Mediación y práctica política (siglos VI-XIV)», Arenal 5, 2, págs. 263-276.

11. ORTEGA, Margarita (1998) «Estrategias de defensa de las mujeres de la sociedad popular española del siglo XVIII», Arenal 5, 2, págs. 277-305.

12. Véase, entre otras referencias, HORVART, Lili (1985) «Féminisme et culture de paix», *Nouvelles questions féministes*, 11/12, págs. 113-127. LE BRICQUIR, Danielle/THIBAUT, Odette (1985) *Féminisme et pacifisme: même combat. Actes du Colloque International de Paris*, París. CARROL, Berenice A: «Feminism and Pacifism: Historical and Theoretical Connections», en PIERSON, Ruth Roach (1987) *Women and Peace. Theoretical, Historical and Practical Perspectives*, Londres.

mujeres pretendieron justificar su entrada en la vida pública y política a partir de su propia identidad de género, que ellas mismas llegan a considerar como innata. Las mujeres, como madres, siempre votarían la paz.<sup>13</sup>

La actividad pública de las mujeres a favor de la paz ha sido una constante a lo largo de este siglo, y durante las primeras décadas, en el momento de los grandes conflictos armados, consiguió movilizar importantes apoyos de europeas y americanas. Mítines, convenciones, congresos, manifiestos y manifestaciones de mujeres se multiplicaron por todo el paisaje occidental en un intento de trazar una internacional que uniera a todas las mujeres al margen de las fronteras políticas.<sup>14</sup> Todas debían de estar unidas por una causa cuyo ideal se situaba por encima de los particulares intereses de cada país. Sabemos que este movimiento también sufrió las contradicciones que antes señalábamos. Ante la primera Guerra Mundial hubo una parte de las asociaciones que mantuvieron una actitud pacifista a ultranza y otras que apoyaron el comportamiento belicista de sus propios Estados. Se provocó así una profunda brecha en un movimiento y unas organizaciones hasta entonces unidas y poderosas.

Pero al margen de los interesantes debates y controversias habidos en el seno del movimiento sufragista europeo de principios de siglo, que no es el objetivo de este trabajo, sí nos interesa preguntarnos y reflexionar sobre algunas cuestiones que pueden arrojar luz a nuestro discurso. Partimos de que las mujeres llevan a cabo acciones colectivas en el ámbito público, algo reñido con el tradicional papel de género que les adjudica el espacio privado y la acción individual o el asilamiento. ¿Por qué las mujeres utilizan la paz dentro de sus reivindicaciones? ¿Por qué las grandes movilizaciones que impulsó Gandhi en la India contaron con miles de mujeres hindúes? Las respuestas podríamos encontrarlas en varias direcciones no necesariamente contrapuestas.

13. Entre la amplia bibliografía existente sobre esta temática véanse: EARLY, Frances (1990) «Feminism, Peace, and Civil Liberties: Women's Role in the origins of the World War I Civil Liberties Movement», *Women's Studies*, 18, págs. 95-115. HYMAN ALONSO, Harriet (1993) *Peace as Women's Issue. A History of the U.S. Movement for World Peace and Women's Rights*, Nueva York.

14. Además de los trabajos citados en las notas anteriores, BUSSEY Gertrude / TIMS, Margaret (1980) *Pioneers for Peace: Women's International League for Peace and Freedom, 1915-1965*, Oxford. FOSTER, Catherine (1989) *Women for All Seasons: The Story of the Women's International League for Peace and Freedom*, Athens.

La primera es que muchas de estas mujeres entran en el debate y el apoyo público de la paz en defensa de su propio papel de género, o a partir de él. La defensa de la vida que tradicionalmente se les ha asimilado y a la que han dedicado la mayor parte de sus energías, se pone en peligro ante la amenaza de la guerra. Entran, pues, en ese ámbito para defender lo suyo, o piden entrar porque esa será su gran contribución al mundo político.

No existe, pues, una ruptura radical con «su mundo». Su entrada en la esfera pública con estas referencias se hace como una transición natural, como una forma de relacionar lo privado con el ámbito público. Por eso pueden llegar a movilizarse miles de mujeres, la mayoría de ellas sin conciencia feminista, pero que son sensibles a este tipo de argumentos. Es evidente que, en principio, no se ponen en cuestión los papeles de género ni las relaciones de poder existentes entre ellos. Todas las mujeres se sienten o pueden verse afectadas por ello.

La segunda línea está en la base de aquella. Las mujeres, por sus prácticas y experiencias históricas, han estado más próximas a la reproducción y al mantenimiento del grupo. Ello les ha hecho valorar otros supuestos, actitudes y formas de entender la vida, alejadas de la violencia, y creadoras de relaciones cotidianas pacíficas. Como decía Virginia Woolf: «¿Por qué luchar? Carece de valor. Evidentemente para ustedes en la lucha hay cierta gloria, cierta necesidad, cierta satisfacción, que nosotras jamás hemos sentido ni gozado».<sup>15</sup>

Por último, la defensa de la paz permite a las mujeres estar en el ámbito público a partir de las prácticas y comportamientos habituales en su propio papel de género: la paciencia, la concordia, el cuidado, etc. En definitiva, les ha permitido estar en el ámbito público sin tener que aprender y superar muchos de los rituales masculinos de iniciación a la vida pública. Es otra forma de estar en lo público, de ocuparse de la comunidad, que no parte necesariamente de las formas tradicionales usadas por los varones.

Es una forma de actuación donde pueden entrar las mujeres, tanto por sus métodos como porque socialmente se acepta que las mujeres se ocupen de esta cuestión a la que tradicionalmente se les ha ligado. El pacifismo aparece como una práctica y una alianza por encima o al margen de los Estados constituidos.

15. WOOLF, Virginia (1980) *Tres guineas*. Barcelona, pág. 14.

Conscientemente he venido situando la alternativa paz/guerra tal como se manifiesta en tantos momentos de la Historia, pero en el fondo late una visión de la paz no tanto como ausencia de guerra, sino de paz como expresión de bienestar, de justicia, etc. Por eso, frente a la «paz negativa», se habla de «paz positiva», una conceptualización que aparece ligada a las mujeres desde el mundo antiguo, y que ha cobrado una dimensión más universal en el mundo contemporáneo a través de los Estudios de la paz.

Esta otra perspectiva de «paz positiva» adquiere también una dimensión significativa desde la historia de las mujeres.

## 2. LA PAZ POSITIVA Y LOS CONFLICTOS DE GÉNERO. OTRA VISIÓN DESDE LA HISTORIA DE LAS MUJERES

Hemos visto como las mujeres no han formado parte de los ejércitos a lo largo de la historia, no hicieron formalmente la guerra, ni tomaron decisiones sobre ella. Podríamos decir, por tanto, desde la visión reduccionista de la paz como ausencia de guerra, que las mujeres siempre estuvieron en la paz, que fueron artífices pasivas o activas de la misma.

De igual modo, podríamos afirmar que las mujeres fueron, en gran medida, receptoras de la violencia estructural de unas sociedades organizadas y dirigidas por varones. ¿Podríamos deducir de ello que las mujeres han sido pacifistas consciente o inconscientemente? Es evidente que el tema tiene una mayor complejidad y que conviene alejarse de posiciones que llevan a un callejón sin salida desde el punto de vista metodológico.<sup>16</sup> Ambas perspectivas pueden conducir a un dualismo antagonista entre lo pacífico y lo violento, entre el bien y el mal, que se puede extrapolar a mujeres y hombres como portadores en esencia de los mismos, y que es conveniente superar.

Hoy las investigaciones sobre la paz han ampliado y redefinido este concepto, de forma que su campo de estudio no sólo abarca los conflictos

16. Sobre la conceptualización de la paz y su evolución: GALTUNG, Johan (1985) *Sobre la paz*. Barcelona; «Twenty-five years of Peace Reserch: Ten Challenges and Some Response», *Journal of Peace Research*, XXII, 2; WALLENSTEEN, Peter (ed.) (1988) *Peace Research Achievements and Challenges*, Boulder; FISAS, Vicens (1987) *Introducción al estudio de la paz y los conflictos*, Barcelona; RUBIO, Ana (ed.) (1993) *Presupuestos teóricos y éticos para la Paz*, Granada.

armados sino también los problemas relacionados con la justicia social, los derechos humanos, y, desde el punto de vista de las mujeres la violencia estructural existente por causa de las relaciones de género. Ello nos lleva a entender la paz en positivo, no sólo como ausencia de guerra o de violencia - paz negativa -, sino como situaciones de justicia, igualdad, solidaridad, concordia, equilibrio social, etc. Y por supuesto, para que haya paz positiva se requiere la ausencia de violencia estructural por razones de género.<sup>17</sup>

Por ello, para comprender la complejidad que el tema presenta, tal vez haya que partir de la conceptualización de los conflictos en un sentido amplio, como fuente de situaciones ambivalentes (creatividad, cooperación, violencia, destrucción), y como una realidad ligada a la condición humana, a sus necesidades, intereses e incluso a sus percepciones, pero también de la comprensión de la dinámica de la regulación de los conflictos, desvelando las instancias de paz y de violencia.<sup>18</sup>

Los conflictos, definidos por intereses o percepciones, son habituales en todas las circunstancias históricas. Las particularidades de los individuos y de los grupos, sus deseos, anhelos y experiencias son diferentes, y por ello se posicionan desigualmente ante las realidades sociales en las que les toca vivir. Aunque sea una obviedad, es necesario reconocer que una gran parte de los conflictos se han regulado sin que aparezca la violencia. Es decir, en muchos conflictos la disparidad de intereses ha sido resuelta a través de la cooperación, la solidaridad, u otras formas sociales que comportan el fortalecimiento de los lazos sociales. Creencias, valores y normas de conducta han sustentado estas prácticas como garantía de éxito de la sociedad. La institucionalización formal de las vías pacíficas de regulación de los conflictos se produce también por la eficacia demostrada a lo largo de esta experiencia y práctica social. Añadamos, por tanto, que gran parte de las dinámicas históricas están marcadas por la búsqueda de soluciones a los conflictos, y para ello se han buscado continua y experimentalmente soluciones

17. En este sentido THEE, Marek (1983) «Scope and Priorities in Peace Research». *Bulletin of Peace Proposals*, 2, pp. 203-208. BROCK-UTNE, Birgit: *Educating for Peace. A Feminist Perspective*, Oxford; (1989) *Feminist Perspectives on Peace and Peace Education*, Nueva York.

18. MUÑOZ, Francisco A.- RODRIGUEZ, Javier (1997) «Horizontes de la investigación sobre la paz. En CANO, Mª José - MUÑOZ, Francisco A (ed.): *Hacia un mediterráneo pacífico*, Granada, pp. 59-75.

alternativas (algunas violentas, otras pacíficas, neutrales, convergentes, divergentes, o combinaciones de ellas), que pueden tener significados ambivalentes.<sup>19</sup>

Pero es evidente que los conflictos y los diversos métodos de regulación participan de una sociedad organizada genéricamente, y por tanto los posicionamientos de hombres y de mujeres pueden diferir ante los mismos, y la propia conceptualización de los conflictos y de su regulación verse afectada por esta división social de los sexos. Ya hemos visto como la construcción del género en cada sociedad forma parte también directamente de algo tan importante para ella como la dialéctica de la guerra y la paz.

En este sentido, la nueva dimensión de los conflictos de género y de la conceptualización de la paz permite descubrir a las mujeres como agentes de regulación de conflictos por medios pacíficos en muchas de sus prácticas cotidianas, y no sólo en su actividad pública a favor de la paz.<sup>20</sup> Si definimos la paz también en términos de «integración de la sociedad humana» y de «cooperación funcional», las mujeres han tenido un papel eficaz y destacado a lo largo del tiempo en el marco de las relaciones de parentesco y vecindad, por tanto en la cohesión e integración social.<sup>21</sup> Podemos considerar que con estas prácticas y los valores de solidaridad, amistad, amor, ternura o cooperación que desarrollan, las mujeres no hacían sino cumplir del mejor modo el papel que la propia sociedad les había asignado. Pero como bien dice Celia Amorós al hablar del trucaje y mistificación de los «valores femeninos», no podría ser de otro modo, aunque «no por ello las mujeres han dejado de hacer siempre algo de lo que se ha hecho de ellas, de protagonizar o, al menos, vivir como sujetos, aún en la retorcida y sofisticada forma del deprimido que asume el discurso del otro, su ser hechas objetos por un sistema sexista de dominación... sobre un sórdido

19. MUÑOZ, Francisco - MARTÍNEZ, Cándida (1998) «Conflicto, género e Historia», en: FISAS, Viçens (ed.): *El sexo de la violencia*, Barcelona, pp. 135-152.

20. McGUIGAN, Dorothy (ed.) (1997) *The Role of Women in Conflict and Peace: An Interdisciplinary Symposium*, Ann Arbor, 1977. BOULDING, Elise y McLEAN, Scilla (1986) «El rol de la mujer en la investigación sobre la paz y la promoción de las relaciones amistosas entre las naciones», en: *Anuario de Estudios sobre la Paz y Conflictos I. Unesco*, Barcelona, págs. 54-69.

21. Es significativo que el Premio Nobel que más han recibido las mujeres haya sido el de la Paz. Sobre sus biografías, ver la aproximación de ESCRIBANO DE LA MATA, Lydia (1998) *Hacia un mismo ideal. Las diez mujeres Premio Nobel de la Paz*, Madrid.

cañamazo, ¡quién lo negaría!, se han diseñado a veces bordados sorprendentemente bellos». <sup>22</sup>

A partir de estas consideraciones generales creo que es interesante conocer cómo se elaboraron los primeros discursos de género en torno a la paz al comienzo de la Historia, en las sociedades griega y romana, así como las características de las primeras manifestaciones públicas de las mujeres a favor de la paz, porque, de un modo u otro, y con las expresiones propias de cada momento, pervivieron en las sociedades posteriores.

### 3. LAS MUJERES, LA PAZ Y LA GUERRA EN EL COMIENZO DE LA HISTORIA. LAS SOCIEDADES ANTIGUAS

Las mujeres de las sociedades antiguas nunca formaron parte de los ejércitos formalmente constituidos, es decir, no fueron ciudadanas de pleno derecho y, en consecuencia, no debatieron ni decidieron sobre la paz o la guerra. Pero en las sociedades antiguas se fraguó un complejo mundo simbólico en torno a ambos conceptos, fuertemente imbricado en las relaciones de género y de poder, que ha influido, de manera notable, en nuestra historia posterior.

Precisamente la exclusión de las mujeres del ejército, el hecho de que no fuesen soldados, es uno de los elementos que marca su posición en estas sociedades, pues en el mundo antiguo ciudadanía, poder y ejército estaban íntimamente ligados. La guerra era cosa de varones, y los ciudadanos eran clasificados según su forma de intervenir en ésta, lo que influía en la forma de participar en la vida política y en sus propios derechos civiles. <sup>23</sup> El ejercicio del poder se regía, en gran medida, según la relación que los ciudadanos varones establecían con el ejército.

Las mujeres se integraban en la vida de la ciudad, no como soldados, sino a partir de su potencialidad de parir ciudadanos, de reproducir el grupo cívico. A través de esta actividad procreadora, las mujeres formaban parte inseparable del modelo político, aunque sin ejercer como ciudadanas de

22. AMORÓS, Celia (1985) *Hacia una crítica del sistema patriarcal*, Barcelona, pág.74.

23. DE ROMILLY, Jacqueline (1968) «Guerre et paix entre cités», en *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*. París, pp. 207-230.

pleno derecho. <sup>24</sup> Aristóteles expresó reiteradamente, que la ciudad estaba compuesta de hombres y de mujeres, y que el buen cumplimiento de las tareas de ambos repercutía en el buen funcionamiento de la ciudad, de forma que, si el comportamiento de las mujeres era malo, la ciudad también viviría en el mal. <sup>25</sup>

Las mujeres ciudadanas eran, sobre todo, madres de ciudadanos. <sup>26</sup> Por tanto su función como miembros de la *polis* y de la *civitas* aparece íntimamente unida a su capacidad de procreación real o simbólica de la ciudadanía. Tal vez estemos aquí ante uno de los núcleos principales de la constitución de la comunidad política, la de estar configurada a partir de los patrones de género. La naturaleza de las mujeres, su capacidad de reproducir la comunidad está en la base de la propia ciudad como institución política. Las mujeres eran el soporte natural de la comunidad de ciudadanos; estaban integradas en la *polis* y la *civitas* como su sustento, como el elemento que subyace a toda estructura política. La función de las mujeres ciudadanas era ser el soporte de la comunidad política, la de los ciudadanos reproducir o transformar el modelo político de la comunidad. Parece como si la ciudadanía integrase de forma inseparable dos modelos, el de la naturaleza, femenino, inmutable, y el político, masculino, variable. Por ello se trata de afianzar la comunidad ciudadana en una base estable, natural, en algo que está más allá de la propia ciudad. Aparece así la división de géneros como algo anterior o co-constituyente de la propia ciudad.

Por eso cuando los griegos imaginan un mundo contrario al de la ciudad, al mundo «culto y civilizado», lo representan a través de mujeres guerreras,

24. Las mujeres ciudadanas no tenían derechos políticos. No podían participar en las asambleas ni en los Consejos o el Senado; no podían acceder a las magistraturas, ni formar parte de los tribunales, y eran muy escasos y peculiares los derechos de orden civil. No olvidaremos, no obstante, las peculiaridades del derecho romano que permitían heredar a las mujeres, y, por tanto, ser propietarias; su progresivo derecho a recibir herencias e incluso a testar y la liberación de la tutela masculina que les permitiría acceder a la gestión casi autónoma de sus asuntos. Ellas pertenecían, formalmente, al orden privado, al ámbito del *paterfamilias*, bajo cuya *potestas* estarían durante muchos siglos. Esta temática, ampliamente tratada, es vista desde la perspectiva de género en el trabajo de THOMAS, Yan: «La división de los sexos en el derecho romano», en DUBY, George y PERROT, Michelle (dir) (1991) *Historia de las mujeres*, vol. I Antigüedad. Madrid, pp. 130-137.

25. Aristóteles, *La Política* II, 1269-1270.

26. MARTÍNEZ LÓPEZ, Cándida: «Y parirás ciudadanos», *cit.* IRIARTE, Ana: «Ser madre en la cuna de la democracia... *Cit.*

las Amazonas, que invierten, en el mito que en torno a ellas se crea, las funciones de género de las sociedades griegas. En esa sociedad de mujeres guerreras no cabe la civilización ni la armonía. Es significativo que en dicho mito las mujeres aparezcan como guerreras, lo contrario al ser mujer reconocido del mundo clásico.<sup>27</sup>

En las sociedades griega y romana, la organización sexuada de las sociedades antiguas tiene su expresión en las funciones y valores cívicos adjudicados y asimilados a mujeres y varones sobre los que se sustenta el modelo de la *polis* griega y la *civitas* romana. Lo masculino y lo femenino operan tanto en la vida política, para incluir o excluir, como en el terreno imaginario a partir de la feminización o masculinización de ciertas abstracciones. De ahí que determinados valores, como la paz, pudieran ser representados como principios femeninos que operaban en la comunidad humana, pero que eran susceptibles de adaptarse, transformarse y hasta de ser asimilados como virtud masculina ligada al poder, según la construcción social de cada momento y el valor que a la paz se le otorgase en cada sociedad.

En este trabajo no pretendo analizar todas las posibles prácticas pacíficas de las mujeres como reguladoras de conflictos en el terreno público o en el campo privado, ni siquiera en las razones de su ambivalente comportamiento al apoyar y alentar a los hombres a la guerra y, en otros casos, abogar por la paz.<sup>28</sup> Trataré, sólo, de profundizar en la conceptualización femenina de la Paz y en la atribución y asunción de ciertas prácticas a favor de la paz por parte de las mujeres en algunos de los conflictos armados que se produjeron en estas sociedades.

Para ello, considerando las funciones sociales diferenciadas que mujeres y varones tenían en las sociedades antiguas, parto de tres hipótesis generales, íntimamente ligadas entre sí: que la conceptualización femenina de la Paz, su representación como diosa, como abstracción femenina, forma

27. TYRRELL, William B. (1984) *Las Amazonas. Un estudio de los mitos atenienses*, Mexico.

28. El apoyo y la colaboración de las mujeres de la Antigüedad con la guerra han sido vistas desde diversas perspectivas en algunos trabajos. Véase: SCHAPS, David (1985) «Le donne greche in tempo di guerra», en ARRIGONI, Giampiera: *Le donne in Grecia*, Roma, págs. 399-430; LORAUX, Nicole (1985) «La cité, l'historien, les femmes». *Pallas*, XXXII, págs. 7-40; MARTÍNEZ LÓPEZ, Cándida (1986) «Las mujeres de la península ibérica durante la conquista cartaginesa y romana», en *La mujer en el mundo antiguo*, Madrid, págs. 387-395.

parte del discurso que sobre lo femenino existe en dichas sociedades; que el poder masculino asimila elementos considerados femeninos, como en este caso la paz, siempre que ello le sirva para significar la universalidad de su dominio, y, por último, que la defensa de actitudes pacíficas atribuida a las mujeres, reales o de ficción, está ligada al correcto y a veces radical ejercicio y defensa de los papeles de género que les toca desempeñar en momentos determinados en cada una de las sociedades.

A partir de estas hipótesis y teniendo en cuenta los presupuestos de género de estas sociedades, me voy a referir a tres cuestiones: al nacimiento de la Paz como diosa, es decir como mujer, en los albores del mundo de la ciudad; a la asimilación de la abstracción femenina de la paz como virtud ligada al poder del emperador, y, por último, a las prácticas que las mujeres, reales o de ficción, desarrollan, en ocasiones, como defensoras de la paz y mediadoras/reguladoras de conflictos por medios pacíficos tanto en Grecia como en Roma.

### 3.1. *Eiréne, la diosa de la paz. Un don para la polis naciente*<sup>29</sup>

*Eiréne*, la Paz, nace en la antigua Grecia como una diosa, fruto de la unión de Temis, la diosa que rige las leyes eternas, y el poderoso Zeus. Allí donde ella reina florece el bienestar y la prosperidad. Pero *Eiréne* no es una diosa aislada sino que forma parte de un conjunto, de uno de los coros de diosas que pululan entre los mortales. Pertenece al grupo de las Horas o de las Estaciones, que junto con ella componen *Díke*, la Justicia, y *Eunomía*, la equidad o el buen gobierno. Las Horas constituyen uno de esos tríos no individualizados, de diosas secundarias, con una personalidad indefinida, sin historia personal. Las tres están profundamente relacionadas, como hermanas. No hay paz sin justicia y buen gobierno, no hay buen gobierno sin paz y sin justicia, no hay justicia sin paz y buen gobierno.

Esta formulación de la paz no es casual, ni su origen tampoco. En la organización del mundo de los dioses no hay lugar a la improvisación. Su madre, Temis, es una divinidad titánide, con la que Zeus contrae

29. En estos apartados se recoge, actualizado y revisado, el artículo: (1998) «*Eiréne y Pax*. Conceptualización y prácticas pacíficas femeninas en las sociedades antiguas», *Arenal* 5, 2, págs. 239-261.

matrimonio, tras devorar a Metis, su anterior esposa. Ambas, Temis y Metis, eran divinidades oraculares, cuyo saber comprendía todo el ciclo del tiempo y disponían de poderes anteriores al reino de Zeus.<sup>30</sup> Alumbrada por Gea, Temis representa un orden concebido como ya instaurado, definitivamente fijo y bien establecido. En el mundo divino, Temis encarna la estabilidad, la continuidad y la regularidad, es decir la permanencia del orden establecido y el retorno cíclico de las estaciones. La obediencia de las leyes por parte de los humanos es parte esencial de la naturaleza de Temis, siendo su consecuencia la paz, otro de sus atributos. Todos estos son asimilados por Zeus al contraer matrimonio con ella, como había hecho antes con la particular sabiduría de Metis.<sup>31</sup> De este modo, aunque *Eiréne*, *Díke* y *Eunomía* tienen las cualidades de su madre, quien las transmite, formalmente, no es ella, sino su padre Zeus, que se ha apropiado de unos saberes y un orden considerados femeninos para hacer más universal su poder.

*Eiréne* y sus hermanas *Díke* y *Eunomía*, tienen un doble significado. De un lado son divinidades del orden, nacen como reguladoras de los conflictos propios de una comunidad que inicia su institucionalización, y completan la creación y organización del mundo formulada por Zeus. De otro, son creadoras de abundancia, de riqueza. Ellas, que no tienen vida independiente, son las que aseguran el equilibrio social entre las comunidades de los humanos, y, por tanto, favorecen la abundancia. En resumen, todo un programa para la ciudad de los hombres que comienza a constituirse. La Justicia, la Equidad y la Paz son las que proporcionan la riqueza, la abundancia y la prosperidad a los mortales.

El nacimiento de la *Eiréne* es narrado por Hesíodo, en el s. VII a. C. en la *Teogonía* del siguiente modo:

*Temis dio a luz a las horas, Eunomía, Díke y la floreciente Eiréne, quienes maduran los trabajos de los hombres mortales.*<sup>32</sup>

30. HARRISON, Jane (1963) *Themis. A study of the social origins of Greek religion*. Londres. DETIENNE, Marcel - VERNANT, Jean P. (1998) *Las artimañas de la inteligencia. La metis en la Grecia antigua*. Madrid. RAMNOUX, Clémence (1987) «Les femmes de Zeus: Hésiode, Théogonie vers 885 à 955", en *Poikilia. Études offertes à Jean-Pierre Vernant*. París, págs. 155-164.

31. BERMEJO, Juan Carlos (1993) «Mito e historia: Zeus, sus mujeres y el reino de los cielos». *Gerion*, 11, págs. 37-74.

32. Hesíodo, *Teogonía* 901.

Tanto ella como sus hermanas favorecen el equilibrio, la armonía y el bienestar de aquellas ciudades y pueblos que las acogen. La conciliación y el reconocimiento de propios y extraños es el resultado de su presencia. Dice Píndaro, en el s. VI a. C. al hablar de Corinto:

*...Conciliadora con los ciudadanos, atenta y servicial con los extraños, yo reconozco en ella a la próspera Corinto...Porque en ella Eunomía tiene su morada, y así mismo su hermana, cimiento de ciudades, la incorrupta Justicia, y su otra hermana, la Paz, las que dispensan al hombre las riquezas, hijas preciosas de la sabia Temis.*<sup>33</sup>

Aunque son hijas de Zeus, a cuyo servicio estarán siempre al permanecer solteras, quien define el significado de *Eiréne* y de sus hermanas es su madre, la diosa de las leyes profundas de la naturaleza, de las leyes inmutables. De ahí que la Paz, como la Justicia y la Equidad, aparezcan como principios naturales, inmutables, eternos, y ese tipo de características no pueden ser, en estas sociedades, sino femeninos.

Destinadas a ser divinidades del orden social, es la comunidad masculina quien las hace operativas. Ellas por sí solas no tenían capacidad de operar de forma autónoma entre las comunidades de los hombres. La paz se acordaba entre los hombres, la Justicia se dictaba por ellos en los tribunales, el buen gobierno lo conducían los hombres.

El nacimiento del concepto de paz obedece a la necesidad de las comunidades de frenar la guerra o las tensiones cuando éstas aparecen como práctica y concepto. El horror de la guerra debía de ser explicado y también relacionado con un horizonte de esperanza en el que aquella no existiera.<sup>34</sup> La guerra está representada por Ares, un dios individualizado, con personalidad clara. En unas sociedades donde lo militar, como hemos dicho antes, forma parte de la estructura misma de la ciudad, de su organización política y social, la paz, aunque principio mismo del orden, no puede ser considerada sino como un principio abstracto, representado como femenino, que la comunidad política masculina olvida y recompone. Por eso no es estimado como un factor central en la estructuración de la comunidad política y social. De ahí que la Paz no esté representada

33. PÍNDARO, *Olímpicas* XIII, 8.

34. MUÑOZ, Francisco A. y RODRIGUEZ, F. Javier: «Horizontes de la investigación...», *Cit.*, págs. 60- 61.

en el mundo griego durante los siglos VI y V a. C., cuando se esculpen en templos y edificios públicos las hazañas y vidas de diosas, dioses y héroes.

Muchos historiadores consideran que la paz califica y permite diferenciar los tiempos de guerra, que la paz era una interrupción contractual del estado de guerra.<sup>35</sup> La guerra daba honor a quienes participaban en ella, protegía sus propiedades, protegía a la comunidad actual y futura (mujeres y niños), o ampliaba sus posibilidades económicas. Pero, al mismo tiempo, la paz es un elemento básico y constitutivo de las comunidades humanas, de su bienestar, de su propia posibilidad de pervivencia, es la aspiración y el horizonte durante los tiempos de la guerra, el referente final de la misma. Lo estable, lo que siempre queda, lo que subyace, a lo que se aspira es a la paz. La guerra es un elemento dinámico, comienza y finaliza, pero el estado básico al que siempre se puede volver es al de la paz. Con ella se recompone una situación de desorden creada por intereses o necesidades.

Es comprensible esta conceptualización de la paz como femenina en el imaginario de las sociedades antiguas, unas sociedades estructuradas genéricamente, y en las que lo masculino-ciudadanía-soldados, y mujeres-naturaleza-fecundidad estaban íntimamente unidos y relacionados. De un lado está el alma, la forma y el movimiento, por otra el cuerpo, la materia, la pasividad. Es decir, lo masculino y lo femenino. En las sociedades antiguas las identidades sexuadas son contempladas como identidades sexuales, es decir no como construcciones sociales sino como fruto de la propia naturaleza, y las relaciones sociales entre los sexos, las relaciones de género, como jerarquías naturales. La división de funciones sociales y políticas de mujeres y varones, así como los elementos definidores de la identidad de lo masculino y lo femenino y el carácter de su relación, al ser considerados propios de la naturaleza, aparecen como un principio universal, sin posibilidad alguna de transformación, pues se refiere a lo innato en contraposición de lo adquirido.<sup>36</sup>

35. DE ROMILY, Jacqueline: *cit.*, p. 208.

36. FEMENÍAS, M<sup>a</sup> Luisa (1994) «Mujer y jerarquía sexual en Aristóteles: un salto necesario», en PÉREZ SEDENO, Eulalia (coord.): *Conceptualización de lo femenino en la filosofía antigua*, Madrid, p. 71.

### 3.2. *La paz como prosperidad y fecundidad*

Pero nos interesa también profundizar en la otra vertiente de la paz. Ella, junto a sus hermanas, preside el ritmo de la fecundidad y vigila que cada cosa se desarrolle en su estación. La relación de la paz con la agricultura, o mejor, con el florecimiento de las plantas se pone de relieve en la consideración de las Horas como las Estaciones en algunos textos. Hesíodo, en el poema sobre el perfume de las Estaciones las canta del siguiente modo:

*¡Estaciones, hijas de Temis y del rey Zeus, equidad, justicia, paz abundante en riquezas; primaverales, pradiales, floridas, castas, las de los mil colores, las de los mil olores en las hierbas en flor; Estaciones verdeantes siempre, circulares, que tenéis suaves alientos y peplos empapados de rocío, que os regocijáis con las flores; compañeras de Perséfone cuando las Moiras y las Cárites la traen a la luz en danzas circulares, dando gracias a Zeus y a su madre Demeter, que hace germinar los frutos; venid a los piadosos sacrificios de Neofantes, y con vuestras manos irreprochables traednos las recolecciones abundantes!*

La paz permite el desarrollo de la agricultura, y ésta favorece la riqueza de los pueblos.<sup>37</sup> Aparece, de nuevo aquí la unidad de dos principios femeninos, la fecundidad y la prosperidad. La fecundidad de la tierra, su fertilidad es posible gracias a la concurrencia de la paz. De ahí que en el canto a Ares, dios de la guerra, se le diga:

*Torna la fuerza de las armas por los trabajos de Deméter y trae la Paz que alimenta a los hijos y da la riqueza.*<sup>38</sup>

No es casualidad que cuando *Eiréne* aparece representada, ya en el s. IV d. C., en unas fechas en las que el debate sobre la paz ha alcanzado una dimensión importante, se adorne con algunos de los atributos que estamos mencionando. La escultura de *Eiréne* lleva en brazos a un niño

37. Sobre esta perspectiva véase también, ALGANZA ROLDÁN, Minerva: «*Eirene* y otras palabras griegas sobre la paz», en: MUÑOZ, Francisco A. y MOLINA RUEDA, Beatriz (eds.) (1998): *Cosmovisiones de Paz en el Mediterráneo antiguo y medieval*. Granada, págs. 123-152.

38. Hesíodo, *Himnos Órficos LXII: Perfume de Ares*.

que no es sino Pluto, el hacedor de la riqueza.<sup>39</sup> En esta primera representación conocida de la Paz destaca, de forma especial, la relación que se establece entre *Eiréne* y Pluto. El niño alarga su brazo hacia la cara de la diosa para acariciarla, mientras que ésta se le aproxima inclinando su cabeza, advirtiéndose en ello la protección maternal. La *Eiréne* griega expresa la ausencia de la guerra, pero, sobre todo, la contraposición entre destrucción y creación de riqueza.<sup>40</sup>

La Paz aparece, pues, como un principio abstracto femenino, sacralizado, universal y eterno. Como tal principio es más un estado de «paz» que un proceso concreto. Como divinidad del orden aparece como reguladora de los conflictos institucionales entre los hombres y los pueblos; y por ello ligada a todo lo que dispensa riqueza y prosperidad. *Eiréne* es en Hesiodo «la floreciente» que madura los trabajos de los hombres. Es un valor moral más que político. Es un don divino ofrecido a los hombres que pueden usarlo si lo desean. Acompaña al buen gobierno y a la próspera agricultura.<sup>41</sup>

No es, pues, tan difícil descifrar las estrategias que incorporan la paz al discurso de lo femenino, o lo femenino al discurso de la paz. Esta, como las mujeres, asegura la fertilidad y la creación de riqueza; supone la reproducción, la abundancia y la vida. No estructura políticamente la ciudad, pero es su soporte.

### 3.3. *La Pax Augusta. La paz fecunda y el poder del emperador*

La cosmovisión de la paz evoluciona a lo largo del tiempo, se transforma y se adapta para ser operativa ante nuevas formas de conflictos, o para expresar nuevas situaciones, por ello también varía su valoración y prestigio. Por eso la paz puede llegar a transformarse en una virtud

39. La imagen de *Eiréne* con Pluto, de la que hay una copia en la Gliptoteca de Munich, es mencionada por Pausanias *Descripción de Grecia*, I, 8, 2 y IX, 1 6, 2. Según este autor fue obra de Cefisódoto, escultor ateniense, probablemente hijo de Praxíteles. Sobre su significado en la ciudad de Atenas, véase: PLÁCIDO, Domingo (1996) «Las ambigüedades de la paz. El culto de Irene en Atenas», en PÉREZ, A Y CRUZ, G: *La religión como factor de integración y conflicto en el Mediterráneo*, Málaga, págs. 55-66.

40. Sobre la interpretación de esta figura, véase: BELLONI, Gian Guido: «Espressioni iconografiche di Eirene e di Pax», en SORDI, Marta (ed.) (1985) *La pace nel mondo antico*, Milán, pp. 127-145.

41. Hesiodo, *Himnos Órficos XL: Perfume de las Estaciones*

susceptible de ser asimilada por el poder masculino. Me referiré, en concreto a la *Pax Augusta*.

La paz en época de Augusto, en el siglo I. d. C. llega a convertirse en un valor deseable, hasta el punto de convertirse en virtud imperial. El emperador asimila un principio abstracto de carácter femenino para hacer más universal su poder. Asimila elementos propios del género femenino, porque pretende la universalidad. Es en este momento cuando la *Pax*, como diosa, como virtud abstracta alcanza una dimensión universal y deseable políticamente.

El hecho de que adquiriera fuerza una deidad que representa a la Paz es la más clara confirmación de su valor social. Su entrada en el panteón de los dioses reservada para aquellos dioses y diosas cuyas virtudes o características han jugado un papel relevante a lo largo de la historia de Roma, nos confirma su carácter popular e interclasista, lo cual no es un inconveniente sino una cualidad que puede hacerla operativa entre los distintos grupos sociales en la regulación de los conflictos entre ellos existentes.<sup>42</sup>

Por todo ello no es extraño que fuera invocada en diversas ocasiones por los distintos grupos romanos envueltos en contiendas bélicas, externas o internas. Tal es el caso de las guerras civiles, que enfrentaron entre sí a los romanos en el siglo I a. C.; por eso es lógico que la proclamación de la *pax* de Augusto, también participe de la contienda civil, adquiriera el significado de paz interior, y que, de nuevo se relacionen con ella la fertilidad de los campos y el bienestar de la comunidad.

*Durante largo tiempo las guerras tuvieron ocupados a los hombres. La espada era más útil que la reja del arado; el toro arador cedía su puesto al corcel; los escardillos estaban inactivos, los azadones habían sido transformados en venablos, y de los pesados rastrillos se habían fabricado yelmos. ¿Gracias sean dadas a los dioses ya tu casa! Desde hace tiempo, las guerras, atadas con cadenas, yacen aplastadas bajo nuestro pie. Retorne el buey al yugo, y la simiente bajo la tierra arada: la Paz es la nodriza de Ceres, y Ceres se alimenta de la Paz.*<sup>43</sup>

*La paz le es grata a Ceres. Vosotros campesinos, elevad vuestras plegarias por la paz perdurable y por el príncipe pacificador.*<sup>44</sup>

42. Calp Sic. *Ecle.* 1, 54. Tib. I, 10, 45 s.; Hor., *C. Sec.* 57 s.; Petr. *Sat.* 124, v. 249 s.; Dion. Cas. LXVI, 15, 1; Suet. *Vespas.* 9.

43. Ovidio, *Fastos* I, 697-704.

44. *Idem* IV, 407.

Siguiendo con esta tradición en que la *pax* formaba parte del discurso político de los emperadores -como queda también atestiguado en las acuñaciones monetarias- Vespasiano y Domiciano consagraron un templo en el Foro de Roma que pasó a conocerse como «Foro de la Paz».<sup>45</sup>

En este contexto, la construcción del *Ara pacis Augustea* fue tan significativa en lo político como representación simbólica e iconográfica de la renovación moral, que merece la pena que nos detengamos en ella. Con su construcción se pretendía exaltar lo que denominarían el *Saeculum Aureum* a través de imágenes que recuerdan la prosperidad, la abundancia y la felicidad perdurable.

El motivo central es una divinidad maternal, probablemente la *Pax*, aunque también relacionada con *Venus*, *Ceres* y *Tellus* (la tierra), que sostiene a dos niños en sus brazos, con su regazo lleno de frutas, y coronada con amapolas y espigas que también aparecen a su espalda. En los pies de la diosa hay una res en reposo y un cordero, lo que recuerda la fertilidad de la agricultura. Refrendando estos mensajes, la profusión de zarcillos paradisíacos y de guirnaldas, simétricamente compuestos, unen la fecundidad y la abundancia con el orden y la ley.

Otra vez, como en la antigua *Eiréne* griega, fertilidad, bienestar y orden aparecen en la diosa. En definitiva, se resaltan las manifestaciones de la *pax*, traída por Augusto, y aunque cabe recordar que tanto los motivos iconográficos como ideológicos se conocían con anterioridad, la novedad es unirlos y hacerlos depender de la *virtus* del emperador.<sup>46</sup>

Es llamativo el carácter femenino de la *Pax*, con claros vínculos con otras deidades femeninas, frente a *Marte*, dios de la guerra. Mientras que los hombres, lo masculino, practican y usufructan la guerra y la violencia, las mujeres, lo femenino, que no participan directamente en la guerra, que son las encargadas de reproducir la vida con su maternidad, su trabajo doméstico, encarnan la paz. La construcción de género masculino/femenino crea esta dicotomía en la sociedad romana de manera similar a otras

45. Juv. 1, 115; Ov. *Fast.* 1, 709; 3, 882; Plin Sen. *Nat.* 12, 94; 34, 84; 35, 74; 102; 109; 36, 27; 58; 102; Quint. *Decl.* 274, 9; 323, 8; Stat. *Silv.* 4, 1, 13; 13, 17; Aug. *Anc.* 2, 44; Aul. Gel. *NA.* 5, 21, 10 Juv. *S.* 9, 23; Mart. 1, 2, 8; Suet. *VC.* 9, 1, 1...

46. ZANKLER, Paul: *Augusto y el poder de las imágenes*. Madrid, (1988), págs. 201-229. SETTIS, Salvatore: *Die Ara Pacis, KAISER AUGUSTUS und die verlorene Republik*. Berlín, págs. 400-425.

sociedades patriarcales, en las que hombres y mujeres juegan papeles sociales diferenciados, en este caso ante la guerra (violencia) y la paz. Los dioses en cuanto reflejo ideológico de la realidad, representan y reproducen estos presupuestos.

Como podemos apreciar la *Pax* como diosa, aunque mantiene su presencia en el ámbito de lo privado, sin embargo lo trasciende para tener su actividad en el ámbito de lo público, incluso predominantemente en el grado más alto de institucionalización, el Estado. Por ello tiene mayor importancia que su feminización no sea un hecho aislado sino paralelo al de otras virtudes de este campo tales como *concordia*, *tranquillitas*, *libertas* -que también aparece en las monedas-, *iustitia*, etc.

El programa sobre la paz de Augusto tiene su máxima expresión en el *Ara Pacis* y en concreto en la representación de la figura de la Paz. De nuevo paz y fertilidad, paz y abundancia se funden. Se vuelve, otra vez a invocar la fecundidad de la naturaleza, como en el caso de las Estaciones griegas, y se une a la fecundidad de las mujeres, dentro del programa pronatalista del Augusto.

Comprobamos, por tanto, como las propias circunstancias políticas de principios del Imperio reorientan la perspectiva de la Paz. El nuevo orden político asume todo aquello susceptible de engrandecer su poder, de hacerlo más universal. La paz ahora la garantiza el emperador. Se convierte en virtud política por excelencia. El poder masculino asimila e integra todos aquellos elementos, de tradición masculina o femenina que le son necesarios en cada momento para el ejercicio del poder.

Ello también explica que ciertos aspectos que han caracterizado lo femenino en algunas épocas o sociedades, pueden ser integrados dentro de la caracterización de lo masculino. Es evidente que la construcción del género en cada sociedad no ha seguido líneas rectas, sino sinuosas y, que los cambios operados en la conceptualización de lo masculino y lo femenino obedecen, igualmente a procesos de violencia, tensión y negociación, casi siempre callados, pero no por ello menos efectivos.

### 3.4. *Las mujeres, la paz y la defensa de sus intereses de género*

Estos presupuestos no operaban sólo en el imaginario griego o romano referido al mundo de las diosas y dioses plasmado en los poemas arcaicos. Muchos de los comportamientos de las mujeres en sus actividades cotidianas constituían prácticas reguladoras de conflictos -la paz doméstica

dicen los romanos-,<sup>47</sup> y muchas de sus actitudes favorecían situaciones de paz, entendida en la perspectiva amplia que enunciaba con anterioridad y que, desde su perspectiva griega, recogían los poemas a los que hemos hecho referencia. Al fin y al cabo, el papel social y político que las mujeres desempeñan en estas sociedades las hacía estar más alejadas de los conflictos y de la violencia institucional.

Ahora bien, ello no implica que las mujeres de la antigüedad clásica mantuviesen siempre una posición favorable a la paz, ni una actitud pacífica permanentemente. Ellas intervienen como mediadoras o reguladoras de ciertos conflictos, en determinadas situaciones, casi siempre ejerciendo funciones que como mujeres les habían sido otorgadas.

Puede parecer contradictorio que las mujeres, reales o de ficción, se atreviesen a opinar o se las ponga en escena para conseguir la paz y frenar la guerra, cuando estos asuntos se discuten en el ámbito público y la decisión sobre ellos corresponde a la comunidad política masculina. Sin embargo las mujeres, por su papel de género, constituyen uno de los mejores recursos para pensar y explicar la paz.

Me referiré sólo a dos momentos históricos marcados por los conflictos militares, en los que, de forma muy distinta, se relaciona a las mujeres con la paz, como mediadoras o reguladoras de los conflictos desde su propia identidad de género. Los conflictos elegidos son las Guerras del Peloponeso en Grecia y algunos de los orígenes de Roma.

Durante algunos años, el impacto y las graves consecuencias de las Guerras del Peloponeso en las propias ciudades griegas, suscitan un fuerte debate en la sociedad ateniense en torno a la paz.<sup>48</sup> Precisamente, en este debate, las comedias de Aristófanes convierten a las mujeres en defensoras y urdidoras de la paz, en sujetos activos a favor de la misma.

¿Desde donde argumentan las mujeres de la comedia la necesidad de la paz? ¿Por qué intervienen en un asunto considerado propio de varones? ¿Con qué estrategias pretenden conseguirla? Es evidente que Aristófanes nos coloca ante una ficción destinada a reír, pero que señala de forma clara la relación entre lo femenino y las mujeres y la paz.

47. Valerio Maximo, III, 6. Véase MUÑOZ, Francisco A.: «La pax romana», en MUÑOZ, Francisco A. y MOLINA RUEDA, Beatriz (eds.): *Cosmovisiones de paz... cit.*, págs. 191-228.

48. PRANDI, Luisa: «Il dibattito sulla pace durante la guerra del Peloponneso», en SORDI, Marta (ed.): *La pace... cit.*, págs. 69-85.

Las mujeres de las comedias de Aristófanes defienden la paz desde su propia posición de género. Con su actuación a favor de la paz no hacen sino defender la función política y social que como ciudadanas tenían con la ciudad: la reproducción de ciudadanos. Mucho más, y sobre todo por ello, cuando se trata de una guerra entre las mismas ciudades griegas, entre ciudades hermanas. Es evidente que no está alejado de este debate el del panhelenismo. Por ello es aceptable, pertinente, justificable y explicable su entrada en el ámbito público. La ciudad al impulsar este tipo de guerra y sufrir sus terribles consecuencias, crea tal conflicto entre las funciones de ambos géneros, que las mujeres salen a defender aquello que consideran su propia razón de ser: proteger su prole y procurar la perpetuidad de la comunidad. Por eso cuando la misma ciudad atenta contra esta misión de las mujeres, éstas tienen fuerza y argumentos para intervenir en contra de la guerra. Entran así en un asunto público desde posiciones del ámbito privado. La Corifeo de Lisístrata lo expresa claramente:

*«Aunque mujer, permitid que proponga un remedio para vuestros males, pues al darle a mis hijos, también pago mi contribución al Estado»*

La propia Lisístrata señala con claridad esta contradicción entre los intereses de las mujeres y el Estado cuando hace el siguiente comentario:

*«Otra vez le pregunté: Esposo mío ¿en qué consiste que obréis así? Y él, mirándome de reojo contestó: Teje tu tela si no quieres que te duela la cabeza por mucho tiempo. La guerra es asunto de hombres... Nosotras tenemos parte doble: primero parimos los hijos y luego los entregamos al ejército»*

La actitud de las mujeres hacia la guerra se ve desde la perspectiva de madres. Así lo pone también de manifiesto *Praxágora*, la protagonista de la *Asamblea de las Mujeres*, cuando afirma:

*«Siendo madres serán las primeras en tratar de salvar a los soldados. Además ¿quien tendría más presteza que una madre para enviar víveres?»*

¿Qué estrategias adoptan estas mujeres de la comedia para conseguir la paz? Ellas parten de su propio terreno, y utilizan los recursos que como mujeres tienen a su alcance. En Lisístrata, las mujeres pretenden y consiguen forzar a los hombres a firmar la paz negándose a mantener con ellos relaciones sexuales. Pero si original y novedoso es el método empleado,

conviene reflexionar sobre otra de las estrategias urdidas por estas griegas de ficción: la unión de todas las mujeres por encima de las fronteras políticas, aspecto que generalmente suele olvidarse en los análisis de estas comedias, ante el provocativo y jocoso método de la abstención sexual. En efecto, las mujeres de las ciudades griegas en guerra se ponen de acuerdo para utilizar todas la misma estrategia con sus maridos. Su comportamiento se refuerza con un mensaje patriótico: la salvación de Grecia puede estar en sus manos si son capaces de unirse. Dice Lisístrata:

*«Tan sutil que la salvación de Grecia depende de nosotras.. Destrozar a los peloponesios y salvar la República depende de nosotras.. Pero aún se me ocurre otra idea: si lográsemos que se nos unieran todas las mujeres de Beocia y del Peloponeso creo que lograríamos salvar a toda Grecia.*

La unidad de las mujeres de las diversas ciudades en guerra para conseguir la paz presenta ángulos diferentes de análisis. El primero es que las mujeres anteponen sus intereses como género a los de sus respectivas comunidades políticas. Todas son madres o pueden llegar a serlo; todas sufren por causa de la guerra. A todas se les crea la misma gran contradicción entre el correcto desarrollo de sus funciones y las decisiones adoptadas por su comunidad política. Es como si las mujeres estuviesen al margen o por encima de las diferencias políticas existentes entre las ciudades, mientras que sus intereses, como mujeres, como género, como reproductoras de la comunidad, las igualan, vivan en la ciudad que vivan.

Se pone de manifiesto cómo la exclusión de las mujeres de la vida política, de la ciudad, las hace aparecer más cercanas a los principios de la «naturaleza», de la supervivencia, donde se sitúan, de forma indeterminada todas las mujeres. Pero, en última instancia, y de forma contradictoria, en ellas parece estar, como dice Lisístrata, la salvación de Grecia.

*In extremis* las mujeres salvan los pueblos del exterminio. Al fin y al cabo esa es la función que se les ha otorgado. Por eso se les permite y se las acepta en un espacio y en un asunto considerado público y propio de la decisión de los ciudadanos.

### 3.5. Las mujeres como mediadoras de conflictos en los orígenes de Roma

En la sociedad romana la conceptualización femenina de la paz presenta otras dimensiones. No es la diosa Pax la que hace su carta de presentación

como diosa del orden o del bienestar desde los orígenes de Roma. Aquí son las mujeres reales las que aparecen mencionadas como mediadoras de los conflictos y, por tanto, como partícipes de la paz. Esta perspectiva tiene igualmente un enorme interés.

Las mujeres romanas, como mediadoras de conflictos, como hacedoras de la paz, aparecen en las leyendas de los orígenes de Roma cuando se estaban construyendo los cimientos del futuro Estado romano. El comportamiento de las mujeres sabinas en el conflicto creado entre su pueblo y Roma, y la actitud de las mujeres romanas en el episodio de Coriolano nos permiten realizar algunas reflexiones sobre cómo y por qué se relaciona lo femenino y las mujeres con situaciones de paz y de regulación de conflictos.

El tratamiento y significado de las sabinas es de una enorme riqueza desde perspectivas muy diversas, por lo que suponen en la conformación del Estado romano. En el caso que nos ocupa, se ensalza el comportamiento de estas mujeres que, tras vivir y tener hijos con aquellos que las habían raptado, ven cómo su antigua familia y la nueva emprenden el combate. Es entonces cuando intervienen las sabinas para mediar en el conflicto, pues es por su agravio por lo que se había originado la guerra. Según narra Tito Livio, estas mujeres tienen valor para lanzarse en medio de una nube de flechas, separar a los contendientes y poner fin a su furor. Tras ese acto de valentía, impropia, dice Livio, de su condición de mujeres, aparece la conducta que se les supone propia: la súplica a sus padres y sus maridos para que no cometiesen la impiedad de mancharse con sangre de un pariente:

*«Si estáis pesarosos del parentesco que os une, si lo estáis de estos matrimonios, tornad vuestra ira contra nosotras; nosotras somos la causa de la guerra, de las heridas y de las muertes de nuestros maridos y de nuestros padres; mejor perecer que vivir sin unos u otros de vosotros, viudas o huérfanas».*<sup>49</sup>

Esta conducta de las mujeres dice Livio que provoca el silencio, la quietud y la emoción, tras lo cual no sólo se establece la paz sino que se integran los dos pueblos en uno y forman un reino común, creando los cimientos del futuro poder de Roma.

49. Tito Livio I, 13.

Aparecen aquí las mujeres no sólo como mediadoras en favor de la paz, sino como las únicas capaces de relacionar y unir pueblos y etnias diferentes, pues a través de ellas, incluso a pesar del rapto, se integran grupos y formas culturales distintos que componen el basamento del pueblo romano; son, por tanto, copartícipes en la construcción del futuro poder romano. Sólo ellas pueden concebir una familia con padres, esposos e hijos de pueblos diferentes, sobre los que indistintamente proyectan su mundo referencial, afectivo, de seguridades, por encima de otros factores, «*mejor perecer que vivir sin unos y otros de vosotros, viudas o huérfanas*». Por tanto, el comportamiento de las sabinas y su valentía en tal ejercicio forman parte de la propia constitución del modelo de ciudad romano, de su poder. Así las mujeres contribuyen, como tales, a la futura gloria de Roma. En esa división de funciones y de comportamientos según el sexo descansa también la propia gloria y futuro de Roma.

No hemos de olvidar que estos relatos sobre los orígenes de Roma están recogidos por Livio en la Historia de Roma, en el siglo I d. C., cuando se pretenden revalorizar ciertos comportamientos femeninos acerca de la familia y la procreación, como el ideal que crea estabilidad y bienestar a la sociedad. Es significativo que los historiadores romanos que reconstruyen el pasado histórico de Roma señalen en numerosas ocasiones el grado de identificación de las ciudadanas con su ciudad, con su patria. Las mujeres romanas no se sienten al margen de ella, sino integradas. En el propio mito de las sabinas, tras la intervención de éstas, se establece un pacto, y ellas obtienen unos honores a los que tendrán derecho las generaciones posteriores de mujeres. Las matronas de Livio, las fecundas ciudadanas romanas, no dudan, en otros casos, en intervenir como mediadoras cuando la patria lo necesita. Ellas son copartícipes, desde su función de género, de la formación y afianzamiento de la ciudad.

Esta es la línea que explica, igualmente, la reconstrucción literaria sobre el comportamiento de las mujeres cuando Coriolano decide atacar a Roma y todas las embajadas de paz han fracasado. Son de nuevo las mujeres las que, *in extremis*, salvan a Roma. Las matronas romanas utilizan, como es habitual, los métodos que tienen a su alcance: la afectividad, las relaciones familiares, la súplica. Por eso piden a la madre y a la mujer de Coriolano, que se había levantado contra Roma y asediaba la ciudad, que las acompañasen para pedirle a aquel que firme la paz.<sup>50</sup> Cuando éste

50. Sobre las mujeres que aparecen en este episodio, véase, GAGÉ, Jean: «Lucia Volumnia, déesse ou prêtresse(?), et la famille des Volumnii». *Revue de Philologie*, 35,

reconoce entre el tumulto de mujeres a su madre y su esposa y pretende abrazarlas, se destaca la figura de Veturia, su madre, que le reprende con un discurso que no está exento de referencias domésticas, afectivas y de parentesco, olvidadas por la terrible disputa, desaparecidas en la dinámica inútil del conflicto armado:

«*Antes de recibir tu abrazo deja que me entere si me acerco a un enemigo o a un hijo, si soy una prisionera o una madre en tu campamento... ¿Has sido capaz de saquear esta tierra que te hizo nacer y te alimentó?.. Cuando divisaste Roma, ¿no se te ocurrió pensar: detrás de esas murallas están mi casa y mi hogar, mi madre, mi esposa y mis hijos? ¡Así que si yo no te hubiera parido, Roma no estaría sitiada; si yo no tuviera un hijo, moriría libre en una patria libre!*».<sup>51</sup>

El discurso de Veturia está marcado por una fuerte carga de patriotismo, pero de un patriotismo ligado no tanto a la *civitas*, sino a lo que M. Bonjour define como pequeña patria, la *patria loci*. Frente a la reunión coyuntural, sincrónica, de los hombres para formar sociedades políticas, la patria, tierra de los padres, es una continuidad en el tiempo, es esencialmente diacrónica, tradición, historia.<sup>52</sup> La figura materna y las otras figuras femeninas son los símbolos naturales de esta pequeña patria. Veturia es más que una matrona que recuerda a su hijo sus deberes para con su patria, ella es el símbolo de la pequeña patria materna. Lo que no puede imponer el espíritu cívico, lo obtiene de Coriolano el amor a la tierra natal simbolizado por las mujeres.<sup>53</sup> Se integraría así el llamado derecho natural con el derecho de los ciudadanos. Las mujeres son el soporte natural de la comunidad de ciudadanos. Es algo que está integrado en la propia *civitas*, es su sustento, es el elemento que subyace a toda estructura política; allí donde se puede volver siempre. Aparece así la división de géneros como algo co-constituyente de la propia *civitas*, por eso es impensable un cambio en los modelos de ciudadanía.

(1961), págs. 31-45. *Matronalia*. Bruselas 1963. BONJOUR, M. (1975) «Les personnages féminins et la terre natale dans l'épisode de Coriolan (Liv., 2, 40)». *R. E. L.*, 53, págs. 157- 181.

51. Tito Livio II 40.

52. BONJOUR, M., *Cit.*, pág.167.

53. *Idem*, pág. 180.

En definitiva, las mujeres intervienen, desde su misión como ciudadanas, es decir como madres y esposas, como las encargadas de la función de reproducción para la ciudad. Se les permite y ellas se sienten con autoridad para entrar en la esfera pública, cuando el conflicto de intereses de género es evidente. En todos los casos se refuerza el papel de las mujeres como mediadoras o tomando decisiones sobre asuntos públicos, por tanto propios de varones, desde las posiciones de lo privado.

### 3.6. *Al margen de la guerra, a favor de la paz.*

En épocas más históricas, menos legendarias, algunas manifestaciones de las mujeres en el foro romano también estuvieron a menudo relacionadas con la negación de la guerra y a favor de la paz.

Desde su propia afirmación como ciudadanas entran en ciertas ocasiones en la esfera pública, e incluso toman la palabra para defender lo que consideran sus «privilegios» como mujeres. Las matronas expresan su conciencia colectiva de identidad, y la hacen operativa como grupo, cuando se agreden algunos fundamentos de la misma. Esa conciencia se articularía en la aceptación de su función diferenciada como ciudadanas. Así lo vemos en numerosas manifestaciones públicas que hacen las mujeres a favor de la paz. Intervienen en un espacio público, como grupo, pidiendo la paz, para evitar la muerte de aquellos a los que ha dado vida o han estado encargadas de asegurar su supervivencia. Expresan su conciencia de identidad, al intervenir en el espacio público y político, cuando la propia sociedad crea una grave contradicción entre las funciones que les ha atribuido y que son consideradas de utilidad social -el mantenimiento y reproducción del grupo familiar- y el propio comportamiento de la sociedad.

Un ejemplo excepcional es el que nos brindan las matronas romanas que se manifiestan ante el Senado romano para que no les imponga impuestos con los que financiar la guerra. No pagarlos era un privilegio propio de las mujeres. Y al frente de esa manifestación, una matrona, Hortensia, pronuncia uno de los primeros discursos públicos sustentados en la conciencia de identidad y de los fundamentos específicos de su ciudadanía. La defensa de sus privilegios, bien argumentada y clarividente, descansa sobre de la exigencia del mantenimiento de «los privilegios» de su diferencia:

*«Pero si nosotras las mujeres no os hemos votado a ninguno de vosotros enemigo público, ni derribado vuestra casa, ni derribado vuestro ejército, ni dirigido a otro contra vosotros, ni os hemos impedido que obtengáis cargos ni honores. ¿Por qué participamos en los castigos si no hemos participado en los crímenes?»*

*¿Por qué hemos de pagar impuestos si no participamos en los cargos, honores, puestos militares, ni, en una palabra, en el gobierno por el cual lucháis con tan funestos resultados? Decís: «porque es tiempo de guerra». Y ¿cuándo no ha habido guerras? ¿Cuándo han sido gravadas las mujeres, cuyo sexo las coloca aparte de todos los hombres?»<sup>54</sup>*

Los ecos de este discurso de Hortensia serán recogidos posteriormente por otras muchas voces de mujeres a lo largo del tiempo, adecuados a las circunstancias particulares de cada momento histórico. Es evidente que las relaciones de género tienen su propia historicidad y se manifiestan conforme a las condiciones de cada sociedad, y que, como hemos visto, la noción y el valor de la paz dependen, también, de la propia caracterización de esas sociedades, pero no cabe duda de que algunos de los atributos de la paz y la relación de las mujeres con ella, se generan en estos momentos y se mantienen a lo largo del tiempo. Será en la época contemporánea, cuando el movimiento feminista comience a romper el modelo creado por la sociedad patriarcal, cuando se revise el concepto de paz y se valore la contribución de las mujeres a la cohesión social.

Para finalizar este trabajo, esbozaré, a grandes rasgos, la pervivencia de algunas de las líneas expresadas, tanto en cuanto a conceptos como en las prácticas.

## 4. PERVIVENCIAS DE CONCEPTUALIZACIONES Y PRÁCTICAS SOBRE LAS MUJERES Y LA PAZ

La representación de la paz como mujer tendrá de nuevo su auge en el Renacimiento, cuando recogiendo la tradición clásica, aparecerá en pinturas, relieves y esculturas adornando los palacios y estancias de los

54. Apiano, *Guerras civiles* 4, 32, 4

representantes del nuevo poder.<sup>55</sup> Pero si en los siglos XV y XVI se retoma la imagen clásica, tampoco las mujeres medievales dejaron de estar relacionadas con la paz.

En esta especie de epílogo me gustaría señalar, brevemente, tres grandes líneas que representan elementos de continuidad y de cambio: el mantenimiento de la práctica femenina de mediación en los conflictos, así como su rechazo a la guerra; la nueva orientación que sobre la paz se introduce en la Ilustración que aleja formalmente a las mujeres de la construcción de la paz, y, por último, cómo el sufragismo y el feminismo recogen y transforman el viejo debate sobre la maternidad y la paz, en el marco de la nueva ciudadanía.

Ya hemos visto cómo se reconoce la capacidad de mediación a las mujeres romanas para solventar situaciones públicas allí donde las relaciones políticas han fracasado y el peligro sobre la comunidad es evidente. Una situación excepcional requiere también un tratamiento excepcional, la intervención de las mujeres desde su propio papel como madres o esposas. Esta ambivalente cuestión sobre la mediación femenina se reproduce tanto en relatos históricos como literarios a lo largo del tiempo.

Así, Ángela Muñoz ha puesto de relieve para la Edad Media la práctica política de algunas reinas, como mediadoras, a las que, por dichas actitudes, se les llegó a reconocer como santas.<sup>56</sup> Para ella, la significación de la paz como valor que guía la acción, nos lleva a reconocer la mediación social, uno de los lugares más recurrentes de la acción política femenina, y nos conduce a la valoración de las mujeres como agentes en la regulación de conflictos que suscitan las relaciones humanas. «Durante los siglos medievales, esta acción mediadora tuvo amplias ocasiones de manifestarse, debido a los múltiples espacios de proyección, política, social y económica que tuvieron las estructuras familiares y la indefinición de fronteras, que caracterizaba al célebre binomio público-privado».<sup>57</sup>

Además de su papel como consejeras de sus maridos o sus hijos, esta autora señala que los escritos hagiográficos destacan el interés de al menos cinco de las santas reinas por la creación y mantenimiento de la paz, para restablecer un contexto civilizador opuesto a la destrucción material y

55. Todo este desarrollo forma parte de un proyecto de investigación que actualmente tenemos en curso, cuyos resultados arrojarán mucha más luz sobre un tema apenas tratado por la historiografía.

56. MUÑOZ, Ángela: «Semper pacis amica...», *Cit.*

57. *Idem*, pág. 268.

humana ocasionada por guerras frecuentes. Su acción a favor de la paz tiene naturaleza diversa, siempre dentro del contexto histórico al que nos referimos. Oraciones a favor de la paz, encargadas a centros religiosos de fundación real; pacificación de territorios mediante la creación de centros monásticos y la irradiación de su influjo cultural; implicación personal en el juego de la negociación política, reconociéndose la capacidad de arbitrio de alguna de ellas; o intervenciones a favor de la paz entre los contendientes, son algunas de las actuaciones de estas santas reinas.

Pero dentro de este panorama, se señala otra faceta importante, la de la caridad, entendida también en el horizonte de la mediación social, «esa mediación que trata de reparar desequilibrios extremos de una población que ni en lo social ni en lo económico se acomoda a criterios igualitarios».<sup>58</sup> Como se pregunta esta autora, ¿fue este modelo una de las vías que ofreció el cristianismo para expresar y ejercer otras concepciones de poder no sustentado en la violencia, sino tendentes a movilizar recursos materiales y simbólicos para mediar positivamente en las relaciones humanas?

La experiencia femenina en el desarrollo de estrategias en las que son centrales la negociación, la alianza, la conversación y la persuasión pudo tener un mayor valor cuando los escenarios políticos se hicieron más pacíficos. Tal vez por ello las cortes europeas de los siglos XII y XIII, resultado de un largo proceso de pacificación y normativización de la acción política, situaron a las mujeres en escenarios más propicios para actuar.<sup>59</sup>

La capacidad de mediación de las mujeres, como experiencia de regulación de conflictos, ya he dicho que tiene una larga trayectoria, igualmente ambivalente, que puede rastrearse hasta el siglo XX. De un lado ha sido fundamental en la cohesión social, aunque no haya tenido valor social y pocas veces haya servido a las mujeres para obtener reconocimiento y mejorar su consideración como sujeto social. Es significativo que Hegel encuentre en la eticidad la clave del principio fe-

58. *Idem*, pág. 268.

59. PASCUA, Esther-RODRÍGUEZ, Ana (1999) «Nuevos contextos políticos en la sociedad plenomedieval: esposas y señoras en un mundo de jerarquía y fidelidad», en AGUADO, Anna: *Mujeres, regulación de conflictos sociales y cultura de la paz*, Valencia, pág. 41.

menino, pues como dice Celia Amorós, el espíritu ético se caracteriza por constituir una mediación entre la naturaleza y la cultura y por vivir en la forma de la inmediatez -es decir, como la naturaleza- aquello que constituye una determinada formación de la cultura. La mujer ha sido conceptualizada ideológicamente como naturaleza, pero, a su vez, en la vida social es la mediadora por excelencia.<sup>60</sup>

En cuanto al segundo aspecto que quería mencionar sobre las transformaciones en la noción de paz y de lo femenino, apuntaré el cambio que se produce en la conceptualización de la paz en la Ilustración, expresada de forma concisa en *La paz perpetua* de Kant, que implica la exclusión de las mujeres de la construcción de la misma. Si la paz es obra fundamental de la razón, las mujeres, a las que no se les reconoce la capacidad superior de raciocinio ni de la moral correspondiente, dejan de relacionarse con ella. «Imposible, dice Adela Cortina, confiarles la moralización, también deontológica, de las instituciones. Imposible dotarles de libertad jurídica activa desde una constitución republicana, encaminada a construir una *paz perpetua*. La compasión, la benevolencia y el cuidado son pequeña cosa para lograr nada menos que una paz perpetua.»<sup>61</sup>

En este sentido es significativo que a finales del siglo XVIII y principios del XIX la paz comience a ser representada a través de nuevos símbolos, siendo las mujeres, a veces, un elemento secundario. Se produce un cambio notable en la concepción dominante de la paz y en su identificación genérica, una línea que tendrá continuidad hasta el mundo actual. María Zambrano, desde una perspectiva filosófica diferente, señala que la paz no puede realizarse más que por el camino de la razón, o por el de la religión, y que la paz perpetua, el sueño dorado de Kant, era la paz fundada en lo humano, amparada por la razón, por la ley universal. Pero, para ella, más que la abstracción de la ley, «la paz es el don dado a los hombres de buena voluntad, su logro merecido»,<sup>62</sup> que de algún modo tiene que ver con un padre común, la común instancia a la que referirse para poder permanecer tranquilo. «Esta radical confianza con que mira a la vida quien

60. AMORÓS, Celia: *Hacia una crítica... cit.*, pág. 42.

61. CORTINA, Adela (1989) «De lo femenino y lo masculino. Notas para una filosofía de la Ilustración», en *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental*, vol. I, Madrid, págs. 300-301.

62. ZAMBRANO, María (1991) «El freudismo», *Philosophica Malacitana*, IV, pág. 18.

reconoce al padre, es el estrato más hondo de un ánimo pacífico.»<sup>63</sup> Como podemos observar se desarrolla una línea conceptual en torno a la paz cuya consecuencia es el olvido y la exclusión de lo femenino.

Ello no implica que las mujeres no continúen manifestándose en contra de la guerra y a favor de la paz, por intereses o convicciones. Margarita Ortega ha puesto de manifiesto a través del estudio de los memoriales dirigidos al rey cómo muchas mujeres españolas del siglo XVIII se quejan de la guerra que afecta a sus hijos y esposos y que tiene graves consecuencias para ellas, sobre todo para las mujeres de las capas sociales más bajas, pues ven difícil enfrentarse a la vida cotidiana.<sup>64</sup> La pérdida del ser querido y las penurias económicas son, de nuevo, las razones que llevan a estas mujeres a dirigirse a una instancia pública y, veladamente, criticar la guerra que «su majestad» impulsa.

A pesar de estas nuevas orientaciones sobre la paz, algunos viejos debates acerca de la relación de las mujeres con la paz, por el hecho de ser madres, de ser mujeres, se incorporan desde el principio al movimiento sufragista y feminista. Es una cuestión sobre la que se ha reflexionado en las últimas décadas, y que aún sigue siendo objeto de estudio.

Ya señalé al comienzo de este trabajo la creación de organizaciones de mujeres a favor de la paz, y la intensa relación habida entre sufragismo y pacifismo. Pero me interesa retomar aquí una de las líneas que ya he mencionado. Las mujeres entran en la esfera pública, como colectivo, de la forma más fácil posible, es decir, desde donde ellas se sienten seguras y desde donde se les acepta más fácilmente. No pueden romper, de forma rápida, con su tradicional papel de género. De ahí que el tema de la paz se convierta en un buen argumento para reforzar sus reivindicaciones y contar con una base social amplia.

Desde esa perspectiva uno de los argumentos recurrentes a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, se basa en vieja idea griega de que las mujeres, como creadoras de hijos, tienen particular interés en la paz. La figura de la madre tiene una enorme carga emocional para millones de mujeres y hombres, y se convierte en un tema central porque es socialmente aceptable y tiene credibilidad. Las mujeres, por su propia naturaleza - dicen - son garantes de la paz. Ello les lleva a reforzar sus argumentos a favor de su entrada en la vida pública, a convertirse en

63. *Idem*, pág. 17.

64. ORTEGA, Margarita: *Cit.*, págs. 284-292.

ciudadanas a través del voto. Decía Aletta Jacobs, una de las impulsoras del movimiento internacional de mujeres por la paz, que «el sufragio para la mujer y una paz permanente irán siempre unidos. Cuando las mujeres de un país piden con ansiedad el voto, y el país está dispuesto a concedérselo, es señal de que el país está maduro para una paz permanente»<sup>65</sup>

Es cierto que no todo el movimiento sufragista participa de este «determinismo biológico», o social, y que ya desde el comienzo se escuchan voces de mujeres que señalan que su opción a favor de la paz es una opción consciente como responsables ciudadanas, ligando la misma a todo tipo de injusticias, como la esclavitud o la opresión de muchos gobiernos.

En cualquier caso la línea argumental de la relación de las mujeres con la paz por ser creadoras de vida se ha mantenido con mayor o menor auge a lo largo del siglo, porque la complejidad de las relaciones de género no han terminado de ser desentrañadas, porque el peso de toda la tradición histórica es evidente, porque, efectivamente son las mujeres quienes dan la vida. La dialéctica entre naturaleza y cultura, vida y muerte, ligada a mujeres y varones continúa vigente en muchos casos, no teniéndose que resolver necesariamente por ninguno de los dos polos.

Como se verá algunas de las nociones que aparecen allá por el siglo VII antes de nuestra era y muchos de los comportamientos y estrategias de las mujeres antiguas en defensa de la paz o de su propia función de género han tenido pervivencia en sociedades posteriores. Es un campo de investigación abierto e interesante, no sólo para conocer qué han hecho acerca de la paz formal, sino como factores centrales de la paz positiva, la que ha cohesionado a las comunidades históricas.

65. Recogido en LIDDINGTON, Jill (1983) «La campaña de las mujeres por la paz. Historia de una lucha olvidada», en *Antes muertas. Mujeres contra el peligro nuclear*, Barcelona, págs. 192-210.